LA CUESTA DEL MUERTO.

I

El camino de Jalapa á Coatepec.

De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.

Ni ví mas lindo verjel
Que Coatepec, cuya calle
Se estiende en ameno valle
Limpia y trazada á cordel.

De sus montañas musgosas
Se asienta aquella en la falda,
Luciendo fresca guirnalda
De mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
Red de arroyuelos sutiles,
Y baña sus piés gentiles
Honda y cristalina presa.

El pueblo al pié de altos montes
Se aduerme al rumor de un río,
Y tiene perpetuo estío
Si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,
Tras la aridez de la costa,
Esos campos que ni agosta
Julio ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío
Blanquear en la montaña,
O que descubrirlo estraña
En hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente
En aromas impregnado
Del liquidámbar preciado

Y del jinicuil pendiente;

Y oye que en dulces conciertos
Dan su voz por las mañanas
Las arpas en las ventanas,
Los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza estrema
En calles, casas, personas,
Y un sol en aquellas zonas
Que vivifica y no quema;

Un sol que brilla al traves
Del aire diáfano y puro,
Flores que visten el muro
Y dan alfombra á sus piés;

Y gente de afable trato,
Y, lector, aunque te asombres,
Franca amistad en los hombres
Y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia
A la tierra en que nací,
Y á veces quédase allí
A terminar su existencia.—

Pero me difundo ya:

Voy el camino á trazarte
Que al Sur de la villa párte
Y al pueblo espresado va.

Puedes andarlo en dos horas
Por anchurosa calzada
De un bosque al traves tirada
Entre arboledas sonoras.

Y á trechos el lujo es tal
De aquella vegetacion,
Que te forma pabellon
De frescura sin igual.

El liquidámbar y encino,
La madreselva, la rosa,
La verde palma orgullosa
Y el sobresaliente pino,

Ligan entre sí sus ramas,
O mecen flor y capullo
De las brisas al arrullo
Sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes
De un árbol á otro livianas,
Vides silvestres, lianas,
La hiedra de hojas sonantes.

Veloz á las ramas trepa
La ardilla si es perseguida;
La parda culebra anida
Del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada
Oirás en distintas horas,
Ya de las aves canoras
La melodía acordada,

Ya el silbido del arriero,
Del leñador los hachazos,
O los recios picotazos
Del pájaro carpintero.

Si el Norte á veces, tesoro
De salud y de frescura,
Brama al romper su clausura
Como enfurecido toro,

Abate y descuaja arbustos
Y en remolinos se lleva
La hojarasca y hoja nueva
De los robles mas robustos.

Y hace en el bosque un ruido
Como el del mar, y un instante
De la campana distante

Estás oyendo el sonido.

No anubla el cielo sereno
De polvo con nubarrones,
Que es en aquellas regiones
Compacto y duro el terreno.—

Siendo quebrado el camino,
Tras hondo valle te encumbras
Y á un lado y otro vislumbras
Paisaje el mas peregrino.

Abismos hay á tus pies
Que cubre espeso verdor;
Sale del fondo el rumor
Del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,
Divisas en su hondo lecho
Por bosquecillos de helecho
Correr el agua espumosa,

Ora roja, ora amarilla,
Zarca ó cenicienta acaso,
Segun el color que al paso
Toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas

Ves llanos, colinas, chozas,
Y el humo que de las rozas
Sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,
Sirviéndola de coronas,
Ves las amarillas zonas
De la dulcísima caña.

Ves las serpentinas sendas
Por los montes solitarios,
Y casas y campanarios
De rancherías y haciendas.

Van no lejos y entre sauces,
Sin arrastrar cieno alguno,
Dos rios, en solo uno
A confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales
Son las aguas del primero;
Como las nieves de Enero
Lleva el otro sus raudales.

Oyes detras de los cerros,
A los lados del camino,
El estruendo del molino
Y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir
Desde Jalapa en dos horas,
Si con la vista devoras
Lo que intenté describir,

Te ha de entretener al grado
De que aun no, seguramente,
Llegues al último puente
Cuando la noche ha cerrado.

II

El cronista y su guía.—La Cuesta.—La tradicion.

Como á mitad del camino
A pié llegaba una tarde,
Volviendo de un rancho oculto
Entre bosques seculares
Y en medio de dos colinas,
De Coatepec adelante.
Puesta la escopeta al hombro
Y con la vista en los árboles,
Entre sus ramas buscaba
La ardilla, invisible casi
Segun lo rápidamente
Que por el bosque entra y sale.

Y, cazador distraido,
Siempre con nuevos afanes,
Ni en derredor advertí
La belleza del paisaje
Que incendiaba la luz roja
Del sol que á Occidente cae;
Ni recordaba siquiera
Que iban en los dos morrales
Mio y del guía un conejo
Y dos ó tres gavilanes.

Era el guía hombre robusto
De cuarenta navidades,
Carácter franco y resuelto,
Faz morena, piernas ágiles,
Fresco sombrero de palma
Con cintas negras al aire;
Blanca la camisa y verdes
Las calzoneras que al talle
Banda de burato ajusta
Ancha y de color de sangre.
Ahumado lleva el fusil,
Que es útil cosa el quitarle
Todo brillo, y siendo opaco,
No asusta al ciervo ni al ave.
De una correa pendiente
La gamitadera trae
Que así á las ciervas engaña

Como convoca á los áspides;
Y al estremo de dos cuerdas
Atados, por ser ya tarde,
Dos lebreles, raza pura,
Con el afan de soltarse.

Era el guía, como he dicho,
Hombre resuelto, y sus lances,
Sabidos en la comarca,
Fama le dieron y grande.
Mas es la gente del campo
Supersticiosa, y Andrade—
Que así se apellida el hombre—
Sin que le tiemblen las carnes
Al lobo dispara, ó burla
Al bravo toro pujante,
Mata la enroscada víbora,
Domeña al potro salvaje,
A nado atraviesa el rio
Cuando ha salido de madre;
Y á veces en la taberna
O en lo mas recio del baile
Donde al zumo de la caña
Culto se rinde y no en balde,
Si hay pendencia, entre las voces
Su ronca voz sobresale,
Y si cuchilladas llueven
Rey le coronan los jaques.

Mas si, por ventura, oye
De boca de las comadres
Historias de aparecidos
Con sus pelos y señales;
Si al atravesar el bosque
Suenan gemidos distantes,
O estando la noche encima
Y él lejos de sus hogares,
Fuegos fatuos ó luciérnagas
Por aquí brillan ó arden;
Si al salir de algun recodo
Con el lego mendicante
De hábito oscuro tropieza,
Helada siente la sangre,
Se le erizan los cabellos,
La lengua se le contrae,
A su voluntad las piernas
Dóciles no son cual antes;
Se santigua, en sus adentros
Clama á los custodios ángeles,
Y ofrece en solemne voto
Llevar cera á los altares.
Ni del certero fusil
Monta siquiera la llave,
Que si son contra los vivos
Armas de fuego eficaces,
Cónstale al guía que nada
Contra los difuntos valen.

Venia en esto la noche
Al par que se iba la tarde,
Y un alta cuesta ganamos
Dejando á la espalda el valle:
Y como es lugar de historia
Y en la que escribo importante,
Quiero que el lector conmigo
Un punto á verla se pare.
La calzada encumbra el monte;
Detras de unos matorrales
Hay á la siniestra mano
Cantiles amenazantes,
Cuyas azuladas peñas
Que el musgo tapiza en parte
Y con grato albergue brindan
A las águilas caudales,
Suspensas en el vacío
Sin tener sólida base,
Negras hendiduras muestran
En que los arbustos nacen;
Y al mas leve terremoto
O al pasar un carruaje
Que cimbre el camino, haciendo
Estrago terrible, caen.
Hay á la diestra un abismo
Tajado á pico, y son tales
Sus dimensiones, que el fondo
Ver desde arriba no es dable.

En él sus raíces tienen
Varios gigantescos árboles
Sin que la altura del borde
Sus verdes copas alcancen.
Si del cantil de la izquierda
Llega una peña á soltarse,
Rueda al traves del camino
Y sin que nada la ataje,
Zumbando espantosamente
Hácia el hondo seno parte,
Se oye chasquido de ramas
Y luego el estruendo grave
De la mole que en las rocas
Rebota despedazándose;
Y de los oscuros antros
Con alas torpes, sonantes,
Describiendo negros círculos
Salen las nocturnas aves.

—¿Qué es esto, Andrade? ¿Qué viste
Que así te vas por delante,
De enfermo que está con frios
Llevando en tu rostro el aire?
¿Por qué aceleras el paso
Y es tu distraccion tan grande
Que los lebreles van sueltos
Sin que otra vez los amarres?
—¡Ay, señor! ¡Ay amo mio!

¡Quién, como usted, ignorase
Que está en la Cuesta del Muerto
Estando al morir la tarde!
No bien las sombras se espesan
Cuando en esta fecha sale
Todos los meses un bulto
Por el claro que se abre
Al comenzar los cantiles,
Prestando corriente fácil
A las aguas de aquel monte
Donde es la lluvia abundante,
Y en cuya falda hay ruinas
Cerca de cien años hace,
De una finca muy valiosa
Con que dió un incendio al traste,
Y que fué de un español....
—Al grano vamos, Andrade.
—Pues, señor, como decia,
Por el portillo y en traje
De cristiano, sale un muerto
Carga pesada llevándose
A la espalda en un costal
Cuyas señas.... —¡Adelante!
—Digo (y su merced dispense
Lo rudo de mi lenguaje)
Que anda un trecho del camino
El muerto, cual si pujase
Al peso de lo que lleva

Y que debe de quemarle.
A la orilla del abismo,
Do ser mas profundo sabe,
Se pára; los piés afirma;
Mece en infernal balance,
Siempre en las espaldas puesto,
El costal para lanzarle,
Y á poco desaparecen
Muerto y costal, y unos ayes
Resuenan, que con oírlos
Para morirse hay bastante;
Y luego el macizo golpe
De quien tortilla se hace,
Como huevo que se estrella
En duro suelo de jaspe.
Y esto lo han visto y oído
Gentes de todas edades
De los inmediatos ranchos,
Arrieros y caminantes.
De miedo aquestos se paran,
De dar un paso incapaces,
Y de tercianas se lisian
A consecuencia del trance.
Más avisadas aquellas,
Dejan que los perros ladren
Cuando olfatean al muerto
Desde muy lejos sagaces;
Cierran y atrancan al punto

Las puertas de los jacales,
Y ante la palma bendita
Que en ellos cuidan no falte,
Silenciosos se reunen
Chicos, medianos y grandes,
Y haciendo coro la abuela
Reza un *Requiescat in pace.*

Mi curiosidad escita
Con su narracion Andrade,
Y allí aguardando, resuelvo
De la verdad cerciorarme.
Más que mi dádiva hizo
De mis razones el arte,
Que el amilanado guía
Se resignara á quedarse.
Los dos tomamos asiento
Despues de atar á los canes
A un tronco, y á mi escopeta,
Por lo que fuere y sonare,
Puse bala y renové
La cápsula fulminante.
De nuestros cigarros sube
Blanco el humo en espirales,
Que está la noche serena
Y el viento dormido yace.
Yo las estrellas contemplo
Y el guía murmura aparte

Oraciones, ó al ruído
De alguna rama al troncharse,
Vuelve con presteza el rostro
Y se estremece cobarde.

Mientras el tiempo trascurre
Y nuestros cigarros arden
Y echados y sin dormirse
Están los perros leales,
Hago preguntas al guía
Y acaba, al fin, por contarme
La historia que á los espantos
Que vamos á ver dió márgen.
Procuraré reducirla
A términos razonables,
Que en circunloquios eternos
Y en digresiones mortales
Mi rústico se divaga
Por aficion, por carácter,
Como si el bueno del hombre
Cursara universidades.—
Si temes perder el tiempo
O que mis versos te cansen
Por ser en estremo llanos,
Dignos hijos de su padre,
Cierra el libro y quedarémos
Tan amigos como antes.

III

La hacienda.—Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.

Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas ruinas
Con que á la diestra un poco te separes
Si de Jalapa á Coatepec caminas;
Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbares y encinas,
Y al fin del ancha y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes
De la sabrosa caña al pié del monte,
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,
Formaban por lo estensas horizonte.
Negras líneas cortándolas adviertes
De veredas y caños, y el desmonte
Deja á un lado de aquellas sitio abierto
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,
Limpio y azul el cielo peregrino;
El huerto floreciente en el verano,

Blanca la habitacion, pardo el molino;
Cual asa de cristal, chorro lejano
Del agua que lo mueve de contino;
Sobre la tosca torre allí erigida
El gallo en pié que á madrugar convida;

Esto el ojo descubre en el paisaje,
Y en grato són regalan el oído
Los pájaros cantando en el boscaje,
Y el arroyo entre sauces escondido:
Y de la flor que adorna el rico traje
Primaveral que el campo se ha vestido,
Mientras la abeja el néctar la consume,
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, tal vez, entusiasmado
Al dulce aspecto de las altas pilas
De la segada mies, ó en el terrado
Puestas eternamente las pupilas
En los panes de azúcar que el dorado
Rayo del sol blanquea en largas filas,
No vió jamas de su fecundo valle
La riqueza y beldad sino en detalle.

Tal vez sobre los cantos de las aves
En el bosque y á un lado de la senda,
Dió preferencia á los mugidos graves
Que salen del trapiche en la molienda;